

Poesía del mar

Carlos Fernández Shaw

Librería de los Sucesores de Hernando

Madrid, 1910 (1ª edición)

254 págs.

Grato olor de los mares

Miguel A. Moreta-Lara

Este libro se abre con una dedicatoria que es una gloriosa confesión de amor paternofilial: “A mi hijo Guillermo, que es para mí como un padre”.

Carlos Fernández Shaw (1865-1911) fue un poeta, dramaturgo y periodista que, nacido de padre gaditano y madre escocesa en Cádiz, se trasladó con su familia a Madrid, donde acudió al Colegio San Isidoro y, más tarde, se licenció en Leyes. Fue secretario y presidente de la sección de Literatura del Ateneo y diputado provincial (1891-1896) por el partido liberal-conservador de Cánovas del Castillo. Viajó por Francia y Estados Unidos. Autor de una considerable obra en varios géneros, adquirió fama como libretista del género chico y de zarzuelas como la muy renombrada *La revoltosa* (1897, escrita en colaboración con José López Silva y con música de Ruperto Chapí).

Los últimos años sufrió de una salud delicada y, al parecer, fortísimos dolores de trigémino (que paliaba con morfina), complicados con una neurastenia, que le llevó - unos días antes de morir- a intoxicarse con unas pastillas de sublimado corrosivo. Esta circunstancia anímica (el miedo a vivir, según confesión propia) es muy perceptible en la obra que comentamos.

Además de su exitosa labor teatral, en la que firmó más de sesenta obras en diferentes subgéneros (drama, zarzuela, sainete, melodrama, fantasía, revista, humorada cómicolírica, opereta, refundición lírica, comedia, leyenda, poema dramático, etc.)¹, Fernández Shaw no dejó de cultivar la poesía desde edad temprana: publicó diecisiete libros de versos, sin contabilizar los poemas publicados en revistas y periódicos. Los más importantes (y de mayor repercusión crítica y de público) fueron *Poesía de la*

¹ Muchas de estas obras las firmó en colaboración con otros autores: José López Silva, Federico Reparaz, Javier de Burgos, Juan Antonio Cavestany, Carlos Arniches, Enrique Manso Torres, Eusebio Blasco, Ramón Asensio Mas, Pedro Muñoz Seca, Francisco Toro Luna, Luis López Ballesteros, Fiacro Yraizoz, Tomás Luceño...Y entre los autores que musicaron sus obras están: Tomás Bretón, Pablo Luna, Rafael Calleja, Emilio Serrano, Gerónimo Giménez, Tomás Torregrosa, Joaquín Valverde (hijo), Amadeo Vives, Ruperto Chapí, Manuel de Falla...

sierra (1908), *La vida loca* (1909)² y *Poesía del mar* (1910). Tras una etapa juvenil dedicada a la poesía, el grueso de su actividad creadora la dedicó al periodismo y el teatro, para retomar el quehacer poético los últimos años, antes de su muerte prematura.

Carlos Fernández Shaw es, en atinada definición de su propio hijo³, un poeta de transición, entre el romanticismo y el modernismo. Para unos, es un posromántico y para otros, un premodernista. Tuvo relación amistosa con los escritores del momento, desde los más veteranos hasta los más jóvenes: Zorrilla, Núñez de Arce, Campoamor, Echegaray, Rubén Darío, Salvador Rueda, Carlos Arniches, Villaespesa, Galdós, Muñoz Seca... Aunque en general gozó del favor de los críticos⁴, uno de los más acerados lo ninguneó: era conocida la frase de Clarín de que en España sólo había dos poetas (Núñez de Arce, Campoamor) y medio (Manuel del Palacio).

En su *Poesía del mar*⁵ pueden fácilmente observarse la apasionada proyección del sujeto lírico sobre el paisaje, el gusto por la tormenta y los naufragios, entre otros rasgos románticos, por un lado. Y, por otro, también están presentes el mundo de la fantasía, del mito, la experimentación y maestría métricas, aspectos definitorios del estilo modernista. Otro ingrediente que no falta en este poemario es la angustia de vivir, el mal del siglo, aunque -conociendo la circunstancia vital del escritor- parece que más que una pose del ambiente, estamos ante una situación patológica personal⁶, en la que el

² Obra galardonada con el Primer Premio Fastenrath la Real Academia Española.

³ Guillermo Fernández-Shaw (1969): *Un poeta de transición. Vida y obra de Carlos Fernández Shaw (1865-1911)*, Madrid, Gredos. De los hijos de Carlos, dos (Guillermo y Rafael) continuaron la dedicación teatral de su padre y otro (Casto) fue un prestigioso y original arquitecto. Guillermo Fernández-Shaw Iturralde (1893-1965) destacó como libretista de zarzuelas, autor y empresario teatral, periodista y poeta. Entre sus obras más conocidas están *La canción del olvido* (1916, música de José Serrano), *Doña Francisquita* (1923, música de Amadeo Vives), *El caserío* (1926, de Guridi), *La rosa del azafrán* (1930, de Jacinto Guerrero), *Luisa Fernanda* (1932, de Moreno Torroba), *La tabernera del puerto* (1936, de Pablo Sorozábal). Con su hermano Rafael también firmó varias obras: una de ellas fue *La Lola se va a los puertos* (1951, sobre la obra de los Machado, con música de Ángel Barrios).

⁴ Su mejor crítico, sin duda, ha sido su hijo Guillermo en el estudio referenciado en la nota anterior. José María de Cossío (1960) le dedicó un comentario en su *Cincuenta años de poesía española (1850-1900)*, Madrid, Espasa-Calpe, volumen II, pp. 1306-1310. También hay un breve pero excelente prólogo de Melchor Fernández Almagro en Carlos Fernández Shaw (1966): *Poesías completas*, Madrid, Gredos.

⁵ Este libro, junto con el de *Poesía de la sierra*, formaría una trilogía con *Poesía del cielo*, título proyectado pero nunca acabado.

⁶ Desde la primera estrofa del libro se anuncia ya un sujeto lírico sufridor:

Solo, triste, ceñudo,
me ves -¡oh, mar!- sobre la costa brava.
Te contemplo, te admiro y te saludo.
Desde la costa que al marino aterra,
donde principia el mar y donde acaba
la vida miserable de la tierra.

sufrimiento es, por tanto, sincero. Pero vayamos por partes, al hilo de sus poemas del mar.

“La mar brava” es un curioso poema en endecasílabos blancos donde se escenifica la esquizofrenia, el alma partida, del poeta: por un lado, se ve a sí mismo abrumado por lúgubres ideas frente a un mar tormentoso al que imagina cubriendo toda la tierra para acabar con el sufrimiento humano (tópico de la época: el mal, la tristeza ante la modernidad). Pero, por otro lado, el poema se cierra con una solución absolutamente filisteo, con el hallazgo de un culpable del dolor: ¡un libro! Se demoniza a los *Cantos* de Leopardi, libro perverso, que causó “el odio vil y la insaciable angustia”.

El largo poema “Frente al mar (Málaga. Enero de 1909)” es la otra cara del mar, un mar bonancible visto desde el paraíso malagueño, desde el hermoso Miramar, el bello Limonar y “la clarísima luz de la Farola”, las barcas pescadoras... Las sensaciones de paz y seguridad, de ensueño, de asilo se repiten a lo largo de esta composición que está dedicada a sus amigos Narciso Díaz de Escovar y Arturo Reyes. Este poema refleja un raro momento de felicidad del poeta, alojado en el hotel Regina en agosto de 1908, cuando fue mantenedor de los Juegos Florales de Málaga. Allí fue homenajeado, recitó en el teatro Cervantes, hubo una representación de *La revoltosa* en el teatro Vital Aza, asistió a una moraga en su honor y trató con Julio Camba, Cristóbal de Castro, Díaz de Escovar y Ricardo León, entre otros.

Hay una serie de tres composiciones, separadas entre sí por otros poemas, pero que conforman un tríptico interesante, fechados los tres en 1885. El primero es el romance endecasílabo “¡Adiós, España!”, donde se relata el embarque de nuestro personaje en el vapor *Servia* de la Cunard Line, que hará la travesía desde el puerto irlandés de Queenstown hasta el de Nueva York⁷, con escenas realistas de emigrantes, gaitas y nostalgias. El segundo poema, que continúa el viaje del *Servia*, “Islas errantes”, es un poema modernista lleno de encanto y descripciones preciosistas de esas mágicas catedrales del Atlántico, los icebergs. Y el tercero de la serie, “Bajo la bruma”, es el retorno desilusionado desde América hasta Francia en el buque *Saint Laurent* de la Compagnie Générale Transatlantique, ya “con ansia de remanso y de hogar”.

En un libro de versos como este no es extraño contar con naves de todo tipo: galeras, trirremes, vapores, goletas, carabelas, bergantines, barcas... Y muchas de ellas con nombre: *La Linda Elena*, *El Ariete*, *La Rosa*, *La Dolores*, *La Carmen*... En un romancillo evoca a los *busis* de su Cádiz natal. “La barca vieja”, poema compuesto de nueve décimas de buen ritmo, termina con esta:

⁷ Viajó como secretario del marqués de Apezteguía. El joven escritor llevaba una carta de recomendación firmada por Menéndez y Pelayo para el embajador español en Washington, el fino escritor y diplomático Juan Valera. Ya en Nueva York, Fernández Shaw se escribió con Valera y, aunque este lo animó a visitarle en la capital, el gaditano no se decidió y, tras unos meses, emprendió el regreso a Europa.

Sábelo ya, barca altiva,
que hoy sollozas decadente;
que sufres hoy, tan doliente,
junto a la mar, tan esquiva.
Feliz se juzgue quien viva;
quien tuvo su abril florido,
quien lo salva del olvido...
Reprime tu larga queja.
¡No solloces, barca vieja!
¡Cuán feliz quien ha vivido!

A veces incrusta cantares populares, como hace en “Al amor del puerto”, romance de ambiente tabernario:

Marinero, marinero,
no te acuerdes tú de *na*.
Si nos las tiras al aire,
tira las penas al mar.

Todos los temas, paisajes y circunstancias marineras pasan por los pulidos y variados versos de Fernández Shaw: asunto mitológico (“Canto a Neptuno”, “Los cantos de las sirenas”), naufragio (“¡Ay, de *La Carmen!*”, romance de ritmo pentasilábico), faros (“Luces amigas”, poema en tercetos encadenados), modernos transatlánticos (“Los palacios flotantes”, en redondillas), devoción mariana (“Nuestra Señora del Mar”, 41 pareados alejandrinos, con ecos de los primitivos poetas castellanos), maneras místicas con delirios de fervor cristiano (en “Mar adentro”, que está dedicado al pintor marinista nacido en Gibraltar José Gartner de la Peña, 1866-1918), etc. “La escuadra inglesa” es una interesante pieza donde confiesa su admiración y amor por la Gran Bretaña (*¡Rule, Britannia!*), la tierra de su madre escocesa.

La poesía patriótica es un género al que Fernández Shaw prestó especial y orgulloso cuidado siempre. De hecho, uno de sus primeros libros fue *El defensor de Gerona* (1884) y el último publicado en vida fue *La Patria grande* (1911), en el que acogía los cantos marciales, las odas cívicas y los poemas rústicos. En la obra que hoy comentamos aparecen dos poemas de esta vena épica: “La rota de Trafalgar” y “El gran día de Lepanto”, temas históricos y heroicos que hay que valorar, dado el escaso cultivo que han tenido en la poesía española de los dos últimos siglos, si exceptuamos la gran eclosión de la epopeya romancística provocada por la guerra civil de 1936.

El mar fue uno de los grandes símbolos en la poesía de Fernández Shaw, un ritornello permanente⁸, una proyección de su yo trágico. La suma de todos estos poemas son algo más que una simple colección: construyen un poema sinfónico de la poesía marinista española, que se deja escuchar, mientras se leen los versos, como el rumor del oleaje, quizá como el corazón de un poeta infausto.

Junio de 2017

⁸ Aparte de *Poesía del mar*, en otros libros aparecen varios poemas vinculados al tema: “El transatlántico”, “Crepúsculo” (en alejandrinos, sobre el puerto de Málaga), “Las barcas ciegas (Playa de El Palo, Málaga)”, “En alta mar”...